

Mario MURGIA, *Versos escritos en agua. La influencia de Paradise Lost en Byron, Keats y Shelley*. México, UNAM, FFL, 2015. (Col. Opúsculos)

Versos escritos en agua es, por decir lo menos, un libro imprescindible para los estudiosos de la poesía romántica. En él Mario Murgia conjuga en un equilibrio notable la apreciación de la poesía y la investigación literaria; su propia sensibilidad y una gran erudición que maneja con destreza. En el primer capítulo, “El otro hijo de la memoria. Milton y la fabricación del canon”, Murgia nos confronta con un problema literario que ha sido objeto de reflexión por parte de muchos escritores, ensayistas y poetas: el de la influencia. ¿Cómo influye un gran poeta en otro? O en boca de Eliot, ¿cuál es la relación entre tradición y talento individual? Estas preguntas, que subyacen a lo largo del libro de Murgia, decantan en el primer capítulo en un diálogo fructífero con varios autores, en especial con Harold Bloom y su noción de “ansiedad” (que se encuentra en *Anxiety of Influence*, 1973), libro que podemos considerar ya como canónico, sobre todo, en la crítica literaria en lengua inglesa. El propósito del diálogo es, para Murgia, afirmar que

[...] no podemos hacer de lado el hecho de que Milton y su obra han desencadenado hechos poéticos cuyos resultados pueden sentirse —y leerse— hasta nuestros días y que se extienden desde Andrew Marvell hasta Wallace Stevens, pasando por William Wordsworth y W. B. Yeats: para bien o para mal, *Paradise Lost* permanece en la memoria más o menos colectiva de poetas y críticos (37).

Harold Bloom dice que Milton es considerado como el último gran poeta cuya voz está libre de influencia de poetas anteriores a él. Es evidente que Bloom se refiere específicamente a los poetas ingleses que lo anteceden aunque admite que tampoco Milton estuvo del todo libre de influencia ya que la mirada miltoniana está puesta en los grandes poetas épicos Homero y Virgilio.

Pero, ¿por qué es importante trazar la influencia de un poeta en otros?, podríamos preguntar. O dicho de otra manera, ¿qué relevancia tiene detectar la influencia de Milton en los poetas románticos de los que se ocupa Murgia? La respuesta no es sencilla y es un motivo de peso para leer el magnífico libro de Mario Murgia.

Sin embargo, no quisiera dejar de subrayar algo al respecto. Nosotros como lectores, cuando nos acercamos a un poeta por vez primera y quedamos atrapados por la fuerza de una voz original, sentimos la necesidad de conocer cómo se logra ese efecto. Examinamos el despliegue y manejo de la lengua, nos acercamos a la mirada y la visión del mundo que esa voz confiere y surge la necesidad de indagar en lo propio de esa voz y las otras que resuenan en el poema. Los escritores, por su cuenta, conscientes de la dificultad que entraña la escritura de cada verso, se apropian del poeta leído con admiración para lograr sentir el pulso creativo de su lengua y asimilarlo dentro del propio pulso poético. Es así que el poeta logra dar un nuevo vigor a su creación poética que siempre tiene el impulso de responder a su época y, a un tiempo, trascenderla como ya lo ha hecho el poeta admirado. Es decir, la sorpresa y fascinación que genera la poderosa figura poética de Milton en poetas como Shelley, Keats o Byron, será única e irrepetible en cada caso. Cada uno de ellos responde de manera distinta y da resultados poéticos diferentes.

Mario Murgia, pausada y cuidadosamente, logra indicar de qué manera repercute, en estos tres poetas románticos, Milton como precursor. La influencia de Milton en los poetas románticos ingleses es eminentemente literaria, pero no sólo eso. Murgia, con tino crítico, examina el poema de Wordsworth, cuyo primer verso es “Milton thou should’st be living at this hour...”, y señala que el poeta “admira más al personaje que a su poesía”. Y agrega Murgia: “Wordsworth se convierte en el primer poeta inglés que fomenta la canonización de Milton no sólo desde el punto de vista literario, sino haciendo uso de las características de Milton como personaje ejemplar a nivel moral u político” (98).

Nosotros, en el mundo moderno de hoy, también podríamos hacer la invocación wordsworthiana “Milton!, debieras estar vivo en estos tiempos...”, porque la inteligencia política y la fortaleza moral de un Milton son dignas de ser invocadas hoy en día en que los liderazgos políticos están en manos de figuras tan despreciables como la de un Trump en Estados Unidos. En el renglón de su biografía político-social, Milton escribe ensayos y libros que causan gran controversia. En ellos defiende la causa de los puritanos, la libertad de expresión o el divorcio por incompatibilidad de caracteres por mencionar tan solo algunos de los temas punzantes de su época y que no han perdido vigencia todavía.

Cabe recordar que a Milton le toca vivir un periodo histórico interesante de la historia de Inglaterra. Milton apoyó plenamente al gobierno de Oliver Cromwell, lo que lo convirtió de inmediato en un opositor a la Corona y todo lo que ella representa. Fue sumamente crítico del rey Carlos I y, por lo mismo, se pronunció a favor de su ejecución dado que consideraba que los reyes no gobiernan por designio divino y por lo mismo, dado el caso, no deben quedar exentos de la pena de muerte. Esta postura convierte a Milton en un opositor religioso también. Frente al texto del rey *Eikēnon Basilike*, donde Carlos I se retrata como un mártir de la realeza poco antes de su ejecución, Milton escribe *Eikinoklastes* como respuesta.

Murgia reflexiona sobre estas actitudes miltonianas y su influencia en Shelley y nos dice:

Al considerar Shelley a Milton como uno de los ejemplos supremos de la prosa inglesa es natural que ciertas opiniones miltonianas [...] tengan eco en aseveraciones de Shelley [...] “El matrimonio es odioso y detestable [...] innecesario grillete que el perjuicio ha forjado para confirmar sus energías”. De igual manera, las bien reconocidas antipatías de Milton por la corona inglesa [...] determinaron la feroz crítica de Shelley contra la aristocracia y sus conexiones con la religión (167-168).

A la muerte de Cromwell en 1659 las cosas cambian y el gobierno pierde estabilidad, por lo que Milton tiene que esconderse. Se da la orden de quemar sus libros. Libros como *A Defence of the English People* y *Ekinoklastes* arden en la hoguera para regocijo de los monárquicos. Con Carlos II se restaura la Corona y, aunque se perdona a Milton, su vida se complica. Escribe *Paradise Lost* ya ciego y la gente lo toma como un castigo divino por su postura republicana y antimonárquica. Milton muere fiel a sus ideales político-poéticos y se consagra como uno de los más grandes poetas de la literatura inglesa.

Mario Murgia retoma *Paradise Lost* y, con la destreza y paciencia del erudito, traza la influencia que éste ejerce en Byron, Keats y Shelley. Lo hace con agudeza y pasión y a lo largo de páginas que develan poco a poco la sustancia de esta influencia. Su minucioso trabajo requiere de una lectura pausada de nosotros, sus posibles lectores. Y como basta un botón de muestra para dar cuenta de la profundidad y el cuidado que pone Murgia en su examen de la poesía de estos tres gigantes románticos, elijo destacar el capítulo “Keats ante la poesía de Milton”. En él, Mario Murgia hace un recorrido por la compleja relación de Keats con Milton y documenta la conciencia clara del poeta frente a diversas fuentes que nutren su vena poética como lo serían Wordsworth, Shakespeare o Spenser. Mediante la técnica del *close reading*, Murgia desentraña el alma romántica keatsiana y deleita al lector con la profundidad del conocedor que se acerca al hombre y al poeta y su relación con el proceso creador y con el acto creativo. Así, pausadamente, nos devela las búsquedas de Keats en “Ode to Maia”, “Ode to Psyche” o *Endymion* para centrarse en *Hyperion*, cuyo examen cuidadoso concluye con esta reflexión:

Y no es que Satanás sea menos monumental que Saturno o Hiperión, sino que su monumentalidad se erige en cuestiones que, por necesidad, lo relacionan con las esferas de la emoción y el conocimiento humanos. Si bien Keats ve en la introspección el eje del desarrollo épico de *Hyperion*, su prioridad poética no se centra en la falibilidad de sus personajes, como es la intención evidente de Milton, sino en la fastuosidad semántica y prosódica que, como herencia de Satanás, quiere desembocar en una conciencia de sí frustrada en gran parte por los vuelos épicos en medio de los que ha pretendido desarrollarse. [...] No podemos olvidar que sus dos intentos en estos

terrenos, tanto *Hyperion* como *The fall of Hyperion*, quedaron inconclusos por razones que Keats mismo dejó claras: “He abandonado *Hyperion*: tenía demasiados giros miltonianos. El verso miltoniano no puede escribirse sino con ánimo artístico o, más bien, con el ánimo del artista. Deseo abandonarme a otras sensaciones”. Aunque Keats se refiere a la artificialidad de la lengua de Milton en una queja que se convertiría en lugar común (“el inglés ha de conservarse”, añade a sus razones para abandonar el poema), no se puede soslayar algo que podría definirse como incapacidad de mimesis épica por parte de Keats (158-160).

La lectura de Murgia, como todo buen análisis, nos invita a pensar. En este punto, y sin ánimo de polemizar con mi colega, me pregunto si él no cae aquí en la provocación del propio Keats. Me explico. A mí me parece que lo inconcluso de ambos poemas es una suerte de afirmación romántica keatsiana, un *statement* poético más que una “incapacidad de mimesis épica” por parte de Keats. Ese tipo de duda me surge de la lectura de *Versos escritos en agua*. El libro de Murgia puntillosamente recorre “A Defense of Poetry”, “Prometheus Unbound”, “Alastor or The Spirit of Solitude”, “Satan Broken Loose” y algunos otros poemas de Shelley para señalar los versos de corte miltoniano o las alusiones al poeta y cómo su figura de Satanás, por ejemplo, resuena en la voz poética de “Alastor”.

No deja de ser interesante también cómo analiza a la apasionante persona de Byron, transgresora de valores políticos y literarios, y su relación con Milton. Murgia cita a Mario Praz quien sugiere que fue “Byron quien llevó a la perfección el personaje rebelde, descendiente remoto del Satanás de Milton” (262). Una lectura cuidadosa de este libro permitirá identificar la correspondencia de *Manfred, a Dramatic Poem* con *Paradise Lost*, así como las distancias temáticas y estilísticas del poema con las del poeta puritano en este poema o en “Cain, a Mystery”.

Es pertinente mencionar que la cita del poema de Auden, en el análisis que Murgia hace de Byron, me permitió darme cuenta de la relevancia del “mito byroniano-satánico en momentos de crisis” (237). Sin embargo, no puedo resistir la tentación de citar el poema “Letter to Lord Byron”, que desacraliza el poema de Wordsworth al que aludimos renglones arriba al mismo tiempo que plasma una reflexión política:

Byron, thou should'st be living at this hour!
 What would you do, I wonder, if you were?
 Britannia's lost prestige and cash power,
 Her middle classes show some wear and tear,
 We've learned to bomb each other from the air,
 I can't imagine what the Duke of Wellington
 Would say about the music of Duke Ellington.
 Suggestions have been made that the Teutonic
 Führer-Prinzip would have appealed to you
 As being the true heir to the Byronic—
 In Keeping with your social status too
 (It has its English converts, fit and few),

That you would, hearing honest Oswald's call,
Be gleichgeschaltet in the Albert Hall.

En mi lectura personal de *Versos escritos en agua* encuentro que Mario Murgia le da cuerpo y contexto a un acercamiento a los románticos también como una manera de rendir tributo a nuestro inolvidable maestro y colega Colin White. Su estudio sobre los tres poetas románticos logra llevar a término lo que nuestro maestro, como versos escritos en aire, tan solo vislumbró en la cátedra.

Si como dice John Coetzee, toda escritura es autobiográfica incluida la crítica literaria, este libro convierte a Mario Murgia quizá en el único digno discípulo de Colin White por tener con él una pasión compartida —la de la poesía romántica inglesa— y ser capaz, con maestría, de contagiarnosla en este espléndido trabajo.

(Raquel SERUR)